Domingo 1 mayo 2022
El Evangelio del Domingo de Pascua 3-C

Jn 21,1-19
¿Me amas más que todo?

El Evangelio del domingo pasado, Domingo II de Pascua, nos relataba las dos instancias, ambas el primer día de la semana –el Día del Señor–, en que Jesús resucitado vino al lugar cerrado donde se encontraban reunidos los discípulos y se paró en medio de ellos deseandoles la paz. Después de eso, el evangelista pone fin a su escrito concluyendo: «Muchos otros signos hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro; estos han sido escritos para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y para que, creyendo en su Nombre, tengan vida» (Jn 20,30-31). Este es claramente el fin de su escrito, que responde al género literario «Evangelio» y, por eso, se agregó a los otros tres, los de Marcos, Mateo y Lucas.

Pero, desde muy temprano, algún discípulo anónimo consideró que algo faltaba a ese escrito para estar completo. En efecto, faltaba aclarar la situación de Pedro, después que negó tres veces ser discípulo de Jesús (Jn 18,17.25-27), y explicar por qué ese discípulo, a pesar de todo, conservó el nombre de Cefas (Piedra), que expresa la misión dada a él por Jesús y que se conserva hasta hoy en sus Sucesores. Era necesario que Jesús resucitado garantizara, después de su partida, el cumplimiento de lo que había prometido: «Habrá un solo rebaño y un solo pastor» (Jn 10,16). Ese discípulo anónimo conocía las circunstancias en que eso ocurrió y lo agregó al IV Evangelio como un epílogo. Es el Capítulo 21, cuya primera parte leemos en este Domingo III de Pascua. Este Capítulo se agregó en época cercana a la primera difusión de este Evangelio, aunque después de la muerte del «discípulo amado», que escribió el Evangelio, pues sobre ese discípulo aclara: «Jesús no había dicho a Pedro: “No morirá”, sino: “Si quiero que se quede hasta que Yo venga”». Hace esta aclaración, obviamente, porque ya había muerto. Y agrega: «Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y que las ha escrito» (Jn 21,23.24).

El Capítulo 21 comienza así: «Después de esto, se manifestó Jesús otra vez a los discípulos a orillas del mar de Tiberíades. Se manifestó de esta manera: estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos». El autor dirá más adelante: «Esta fue ya la tercera vez que Jesús se manifestó a los

discípulos después de resucitar de entre los muertos». Esta tercera manifestación de Jesús resucitado difiere de las dos anteriores en que ya no es el primer día de la semana, no están todos los discípulos, sino solamente siete de ellos y no es a puertas cerradas sino al aire libre, «a orillas del mar de Tiberíades». El escenario es significativo, porque es el mismo en que tres años antes Jesús llamó a Simón Pedro y a los hijos de Zebedeo, después de una «pesca milagrosa», expresando a Simón su misión con esta fórmula: «Desde ahora, serás pescador de hombres». En esa ocasión, ellos, «dejandolo todo, lo siguieron» (Lc 5,10.11). En ese mismo lugar Simón Pedro dice ahora a los otros discípulos: «"Voy a pescar". Le dicen ellos: "Vamos también nosotros contigo". Fueron y subieron a la barca». ¿Pedro vuelve a pescar peces? ¿Está cerrando el paréntesis del seguimiento de Jesús, volviendo a su vida anterior? La manifestación de Jesús resucitado ocurrió cuando ellos regresaban a la orilla después de una noche de pesca infructuosa: «Aquella noche nada pescaron».

Desde la orilla Jesús, que aún no ha sido identificado por ellos, se informa de que nada han pescado y les dice –más bien, dada la distancia, les grita–: «Echen la red a la derecha de la barca y encontrarán». La echaron según lo indicado y luego no podían arrastrarla a tierra por la multitud de peces atrapados. Fue esto lo que les concedió conocer a Jesús resucitado, pues esta pesca es una reedición de la producida tres años antes, cuando los llamó: «Entonces el discípulo a quien Jesús amaba dice a Pedro: "¡Es el Señor!"».

Entre paréntesis agregamos que el autor anónimo de este Capítulo 21, tiene la intención de identificar veladamente al autor del IV Evangelio –que es claramente «el discípulo amado»– con uno de «los hijos de Zebedeo», allí presentes ese día, que la tradición ha identificado con Juan, verificando que la cercanía entre el discípulo amado y Pedro, que se observa en el IV Evangelio (cf. Jn 13,23-24; 18,15-16; 20,2-8), es la misma que se observa en los Hechos de los Apóstoles entre Juan y Pedro (Hech 3,1-4.11; 4,13.19; 8,14). En los otros veinte capítulos de este Evangelio nunca se menciona Zebedeo ni sus hijos y no es posible identificar al discípulo amado con el apóstol Juan.

Después de que Jesús come con ellos, se dirige a Simón Pedro por el nombre que tenía antes de que Él lo llamara y le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». ¿Cómo se entiende esta pregunta? ¿Le está preguntando si su amor es mayor que el que le tienen los otros discípulos presentes? ¿Cómo puede responder eso Pedro? El término de la comparación

en la lengua griega puede traducirse por el pronombre masculino «éstos» y también por el pronombre neutro «todo esto». La pregunta puede entonces traducirse también: «¿Me amas a mí más que a todas estas cosas?». Esto sí puede responderlo Pedro: «Sí Señor, tú sabes que te quiero». Jesús le exige amarlo a Él más que todas las cosas, incluso más que a su propia vida, condición que había indicado para ser su discípulo: «Si alguno viene donde mí y no odia… hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío» (Lc 14,26). Pedro había negado tres veces ser su discípulo y, por tanto, había demostrado no amarlo hasta ese punto. Por eso, Jesús le pregunta por segunda vez: «¿Simón, hijo de Juan, me amas?». Responde Pedro: «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Jesús insiste por tercera vez: «¿Simón, hijo de Juan, me quieres?». Pedro se entristeció de que Jesús quisiera aún cerciorarse de su amor total hacia Él y ya no responde con tanta confianza en sus propias fuerzas, sino en el conocimiento que tiene Jesús de su debilidad, y responde: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero». Es que Pedro había prometido dar la vida por Jesús y, en cambio, lo había negado tres veces.

A cada una de estas respuestas de Pedro Jesús dice: «Apacienta mis corderos… pastorea mis ovejas… apacienta mis ovejas». ¡Le confía sus ovejas, las mismas por las cuales Él dio su vida! Es lo más preciado que tiene, según lo había declarado: «Yo soy el Buen Pastor; el Buen Pastor da su vida por las ovejas… Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano» (Jn 10,11.28). No se las habría confiado a Pedro, si él no hubiera estado dispuesto a dar su vida por ellas. Es lo que Jesús quiere significar con una expresión enigmática que agrega: «En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras». No tenemos que hacer mucho esfuerzo para interpretarla, porque lo hace el mismo autor: «Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios». Pedro glorificó a Dios con la misma clase de muerte que Jesús, es decir, crucificado; pero, según la tradición, cabeza abajo.

La palabra de Jesús que resonó como una total absolución y una renovación de su amistad y de su llamado es la misma que le dijo la primera vez: «Sigueme». Esta vez Pedro lo siguió hasta dar su vida por las ovejas.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de los Ángeles